

Suscripciones de Madrid
y venta de números.

Plaza de Matute, 2.

EL CASCABEL

Dirección.

Calle de Serrano, núm. 82.

Barrio de Salamanca.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 22 DE AGOSTO DE 1875.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2, LIBRERÍA: MADRID.

SUSCRICION

para erigir un modesto monumento á Miguel Cervantes
Saavedra en Alcalá de Henares.

	Rvn.
Suma anterior...	2.586
D. José Brea (de Sevilla).....	20
D. Juan Subirana (de Sevilla).....	20
	2.626

COSAS DEL DÍA Y DE LA NOCHE.

—¡Hombre! ¿sabe Vd. que ya no vuelvo al Prado por la noche?

—¿Y por qué?

—Porque ya no hay niños.

—¿Qué me cuenta Vd.? ¿Se han acabado los niños?..

—Sí señor, no parece sino que entre los niños ha habido también una revolución de Setiembre.

—Oigo á Vd. con asombro.

—Me explicaré.

—Me hace Vd. entrar en curiosidad, y aguardo con ansia esa explicación.

—Pues mire Vd., gustábame por la noche ir al Prado á sentarme cerca de la Fuente de Neptuno, en un sofá que recuerda el 2 de Mayo de 1803, propiedad de la garrida y bizarra dueña de un puesto de agua de la fuente del Berro, que allí sirve á los parroquianos con equidad y aseo, el mejor y más saludable de los líquidos, y merengues y azucarillos; allí, sentado en aquel sofá, con mi velador rústico delante y mi vasito de agua con volado, pasábame yo un par de horitas, sin ofender á nadie, viendo pasar matrimonios más ó menos aburridos, cesantes murmuradores, parejas de novios, amigos de la oscuridad, mamás con tres ó cuatro hijas que no tienen salida, y otros tipos curiosos, y divertido sobre todo en presenciar el ir y venir de los niños, los juegos infantiles...

—¿Pues no ha dicho Vd. que no hay niños?

—Sí señor, estoy persuadido de ello. Después de muchos días de ver los juegos infantiles de ahora, me he convencido de que ya no hay niños. Eran antes los niños inocentes en sus juegos, con esa inocencia tan encantadora y tan propia de esa edad dichosísima en que todavía no ha sufrido el alma ni se ha despertado la conciencia, esa edad que no conoce el desgano y la traición ni las mil miserias del mundo; pero ahora he visto, he observado atentamente á los niños, y veo entre ellos una gran mayoría de títeres que descubren en sus acciones el germen de todos los vicios, de todas las pasiones de los hombres; niños que hablan maldiciendo y blasfemando, que fuman cigarrillos de papel y saludan á las niñas con frases casi tan expresivas como las que se oyen á las altas horas de la noche en la calle de Sevilla, al paso de esas infelices mujeres tan dignas de compasión por su infortunio. Y no exagero, señor mío; vaya Vd. al Prado, donde hay niños jugando, y podrá Vd. convencerse de cómo se educa á la infancia, y verá Vd. allí Tenorios de diez años y coquetonas de ocho y nueve; si oye Vd. sus conversaciones, no podrá menos de asombrarse de tanta precocidad, y mucho será que no oiga ó vea Vd. algo que le avergüence y le indigne. Conque dígame Vd. ahora si digo con razón que ya no hay niños.

—Realmente lo que Vd. me cuenta...

—Lo que le cuento á Vd. es la verdad. El mundo marcha, como dice Pellétan, el escritor francés, pero marcha por el camino de lo absurdo. Todo está fuera de su centro. Los hombres parecen mujerzuelas, los niños no son niños ni son hombres, y hay niñas que parecen libros pensadores de corto.

—Es lastimosa precocidad, en efecto, la de los niños del día.

—Es el ejemplo, amigo mío, el ejemplo y la educación. Todo progresa, pero el progreso, que es muy bueno cuando tiene por base la instrucción y la experiencia, es un absurdo cuando va contra todas las leyes naturales. ¡Qué abismo no será el alma de un hombre que desde niño está abandonado á su instin-

to, que no se le ha contrariado en los más groseros apetitos, que no ha aprendido otra cosa en la niñez que la indiferencia, el escándalo y la satisfacción de todos sus caprichos! En fin, digo á Vd. que no quiero volver al Prado á ver á los niños jugando, porque me apena y me irrita ver que, así como para las quintas se ha rebajado la talla, se ha limitado la edad de la infancia al tiempo preciso para mamar, aprender á tenerse en pié y á deletrear. Después, un niño que se anda en el *Caton*, si no tiene ya pretensiones de *Caton* precisamente, las tiene de hombre libre y aprendiz de filósofo alemán. No sé cómo no piden ya los chicos de ocho años derecho electoral.

—¿Qué noticias hay de D. Carlos?...

—Que ya tiene fábrica de moneda, en cuya fábrica se está acuñando de hierro con su interesante busto.

—¡Eche Vd. lujo! ¡De hierro nada menos!

—Sí señor. D. Carlos va á resucitar la edad de hierro, y sobre todo, cada uno hace moneda de lo que puede.

—¿Y qué más hace?

—¡Hombre! ha hecho marqués al cabecilla Sr. de Velasco.

—¿Marqués de qué?...

—De Velasco, hombre. Así entretiene sus ocios, y hace ver que puede hacer un marqués, y aunque sea un duque, con sólo decir:—¡Hágase!

—¿Ha oído Vd. en el Retiro las coplillas que canta el Sr. García en *Los cuatro Sacristanes*?

—Sí señor, y voy á decir á Vd. una cosa.

—Venga.

—Pues, hijo... ya sabe Vd. que yo no soy sospechoso de carlista, y que abomino una causa que tantos desastres ha traído á España, y por la que estamos todos pobres, y la nación no es, como podría ser, una de las primeras del mundo.

—Sí señor.

—Pues bien, creo que allí se cantan coplas que no son de buen gusto, y que no debieran cantarse. Combátase sin tregua á los carlistas y á D. Carlos, como se les combate, en el campo de batalla y en la prensa; pero desde el tablado de un teatro no se digan á los carlistas, que al fin son españoles, y á D. Carlos, que al fin lleva el apellido mismo de nuestro rey Alfonso, frases de dudoso gusto. Agueñ el ingenio el autor ó el actor, ó los dos, y para satisfacer al público que pide la repetición de las coplas inventen agudezas y chistes de buena ley, aludiendo, si quieren, al carlismo, pero sin nombrar personas, ni descender á ciertos recursos, impropios de un ingenioso autor que lleva dignamente el apellido de uno de los nombres más ilustres, y de un actor tan apreciable como el señor García.

—¡Hombre! tiene Vd. razón.

—¿Qué me dice Vd. de la Exposición de Filadelfia?

—Que celebro que concorra España á ese gran certámen; pero comprendo que el Estado no pueda hacer sacrificios que hubiera hecho, si hubiese paz, á fin de presentar allí nuestra industria y nuestras artes con el esplendor que merecen.

—Eso pienso yo. Debemos ir á Filadelfia, pero con la modestia propia de nuestra actual situación.

—Sin embargo, á los que corresponde sostener allí el decoro de España es á los expositores, y éstos deben considerar cuestión de honra concurrir á la Exposición, y hacer ver que, aunque estamos pobres y nos devora la guerra, hay en España los elementos de actividad, trabajo é inteligencia que distinguen á una gran nación. Deben los expositores todos que lo fueron en Viena acudir ahora á Filadelfia, ayudar al Gobierno, facilitar todo lo posible la remisión y la instalación de los objetos, hacer, en fin, alguna sacrificio, que no será sacrificio para españoles celosos del decoro de su patria.

—¿Qué enviarán á la Exposición de Filadelfia los pueblos infestados del carlismo?

—Pueden enviar muchas curiosidades, pongo por caso, una colección de boinas de todas categorías; el bando de Saballs expulsando de España á los franceses; un cura que habla de Dios y predica el exterminio de los liberales; un comité de ojalateros; un marqués de los que hace el Pretendiente, y un estado de los fusilamientos, emplumamientos, allanamientos, apaleamientos y descarrilamientos ordenados por los cabecillas carlistas.

—¿Por quién lleva Vd. luto, D. Torcuato?

—Por mi suegra. Fué á Santander á los baños, y allí ha fallecido.

—¿Habrá Vd. tenido mucha pena?

—Sí señor; pero lo que siento es que le tomé billete de ida y vuelta. A haberlo sabido, ¿qué necesidad había del de vuelta?

LOS CORRETONES.

CUENTO POPULAR

por

D. ANTONIO DE TRUEBA.

(Continuación.)

V.

Decidido el rey Resoluto I á poner piés en pared para acabar de una vez con la afición de los corretones á ganarse la vida andando siempre á salto de mata en vez de ganársela trabajando houradamente, reunió su cosejo de ministros y ocupando la presidencia, inauguró el Consejo con el siguiente discurso.

«Señores, el asunto que vamos á tratar es de padre y muy señor mío, como que hay que adoptar medidas eficaces para acabar de una vez con el escándalo de que viene siendo teatro la Corretanía desde que mis gloriosos antecesores, con fines muy patrióticos y santos, cuales eran los de que á sus súbditos no se les hiciesen los dientes agua viendo las libertades de las *erriac* cantábricas nuestras vecinas, empezaron á introducir en la sub-península libertades populares.

»Hay que buscar algún medio de evitar que continuemos siendo el escándalo de Europa con nuestra holgazanería y nuestro espíritu revoltoso. Con que á ver, señores consejeros míos, si se aguza el entendimiento y se encuentra el consabido medio.»

—Yo creo haberle encontrado, dijo el ministro de la Guerra.

—Veamos cuál es.

—Uno muy sencillo: á todo hombre que abandone su heredad ó su taller para irse á correatar en contravención de las leyes, contrabandeando, caza do en vedado, metiendo mano á los viajeros ó haciéndose faccioso blanco ó negro, se le quema la casa y se le apalea y aun si es necesario se le fusila el padre, la mujer, los hijos ó el pariente más cercano.

—Esa, señor ministro, es una barbaridad.

—Mayores barbaridades hacen ellos.

—En algo se han de diferenciar los que representan la ley y por tanto la justicia, de los que representan la ilegalidad y por tanto el crimen.

—Sino, se fusila á todo el que se coja contraviniendo á la ley.

—Eso se viene haciendo, pero tiene grandes inconvenientes: primero, son muy pocos los que se dejan cojer, porque los corretones tienen los piés muy ligeros; segundo, la efusión de sangre, aunque sea de criminales, me repugna profundamente y es indigna de estos tiempos en que con razón se duda de que sea justo matar á un hombre para castigar la muerte de otro; tercero, todo buen gobierno debe procurar el aumento de la población, y con la pena de muerte la población disminuye, y cuarto, el que muere por revoltoso, de criminal se convierte en mártir. Conque á buscar otro medio de salir del paso, que ese sólo sirve para embarrancarnos más.

—Pues á mí, dijo el ministro de la Gobernación, me ocurre uno que no tiene los graves inconvenientes de los que acaba de indicar mi respetable colega.

—Vamos á ver cómo baila Miguel.
—Yo creo que aunque los últimos monarcas han cercenado mucho las libertades populares, no las han cercenado lo bastante...

—En ese asunto me abstengo yo de meterme por respeto á mis augustos antecesores y por convicciones propias. Continúe el ministro de la Gobernación.

—Continúo. Digo que conviene cercenar aun más sus libertades á los corretones...

—Y yo repito que no estoy por esos cercenamientos. En primer lugar falta averiguar si las pocas que les quedan son causa de su espíritu levantisco, cosa que estoy muy lejos de creer, y en segundo, cuanto más se les tiranice, más razón tendrán para rebelarse. Hable otro de mis consejeros, que los que han hablado no han dado pié con bola.

En efecto, los demás ministros hablaron sucesivamente y sucesivamente fueron disparatando.

—Señores, dijo el rey despues de oírles á todos, ustedes serán muy alhajas para todo, pero no sirven para gobernar la nación cuando todo está patas arriba y no ciertamente por culpa del nuevo monarca.

—Pues, señor, dijo el presidente del consejo, el ministerio tiene la honra de presentar á V. M. su respetuosa dimisión.

—Y yo tengo la honra de admitirla en el acto, contestó el rey; que honra es para todo monarca el mandar á paseo á los consejeros que no sirven más que para aconsejarle picardías ó borricadas.

El rey apenas se retiró del consejo, envió á llamar con toda urgencia al viejo de ciento veinte años.

Mientras el cañoño llega voy á referirles á Vds. dos lances que vienen á cuento y me han sucedido estos días.

A mí me gusta mucho pasear por el campo, sobre todo cuando el campo es tan ameno, tan verde, tan frondoso, tan variado, tan pintoresco, tan rico de tonos, tan fértil como éste que rodea á Madrid...

—El Sr. D. Francisco ha de perdonar si le digo que nada tiene de particular que el campo que rodea á Madrid sea así, puesto que toda España le fertiliza.

—Pues por eso digo que lo es. Como iba á decir, días pasados me fuí á dar un paseo por esos campos y sacando del bolsillo un periódico, me iba leyéndole por la linde de una heredad.

Un labrador que cojeaba de una pata y como ustedes verán, cojeaba aun más de la cabeza y el corazón, travó conversacion conmigo.

—Diga Vd. caballero, me preguntó, ¿qué noticias trae de los carlistas ese papel?

—Que andan muy boyantes.

—Dónde, en el Norte?

—Y en Cataluña y en el Centro.

—En el Centro también? Pues trabajillo les mando á estos para acabar con ellos. Ya sabe Vd. lo que pasó la última vez que nos levantamos en Cataluña y el Maestrazgo.

—Sí, ya se que á pesar de estar entonces la nación en paz y prosperando y no perdida como ahora, costó años enteros el acabar con ellos y se acabó sabe Dios cómo. Pero por qué ha dicho Vd. «nos levantamos» y no «se levantaron»?

—Porque yo estubo con ellos.

—Hizo Vd. mal!

—Mal? Si no fuera por esta pícara pata coja, ya me tenia Vd. hace tiempo luciendo la boina.

Ira me dió el oír á aquel cogitrancó hablar así y viendo que se acercaba la noche, me vine hacia Madrid.

Al pasar yo por frente de una fábrica, salieron de ella dos trabajadores y tomaron delante de mí. Uno de ellos era ya anciano y el otro era joven y cojo.

Cuando entrábamos por la puerta de Alcalá oímos pregonar un papel que anunciaba la rendición de los cantonales de Cartagena.

—¿Será verdad eso, caballero? me preguntó el anciano muy conmovido.

—Yo creo que sí, le contesté.

—No extrañe Vd. que se lo pregunte, porque tengo un hijo con los cantonales y gracias que no tengo dos.

—Le compadezco á Vd., amigo.

—¿Sabe Dios lo que habrá sido de él!

—Pero, por fin, si le queda á Vd. otro...

—Eso, sí, señor. El otro es este que Vd. vé. De buena gana se hubiera ido con su hermano; pero como tiene en el pié el defecto que está Vd. viendo, no ha tenido más remedio que quedarse en la fábrica ganando, como yo, su buen jornalito. De suerte que, no hay mal que por bien no venga. Yo creo, caballero, que Dios nos haría un gran favor á todos los españoles si nos pusiese cojos... con tal que la cojera no fuese cosa mayor, como no lo es la de este.

Volviendo á la Corretania, nos encontramos con que el cañoño de ciento veinte años se había apresurado á acudir al llamamiento del rey Resoluto I.

El rey tenia las dotes de orador que debe tener un

buen rey, reducidas á hablar con sencillez, corrección y claridad...

—El Sr. D. Francisco me permitirá preguntarle por qué se han de reducir á eso las dotes de orador de un buen rey?

—Porque está averiguado que los pico de oro gobiernan muy mal, sin duda porque toda la fuerza se les va por la boca.

El rey tomó la palabra y explicó perfectamente al cañoño su deseo de encontrar un medio eficaz de obligar á los corretones á pasarse la vida trabajando honradamente, en vez de pasarla correteando de aquí para allá como contrabandistas, como cazadores furtivos, como bandidos ó como facciosos blancos ó negros.

—Haga V. M. cuenta de que ya ha encontrado ese medio, contestó el cañoño.

—Pero ha de ser tal, que no coarte las libertades populares ni repugne á la humanidad.

—Nada de eso, señor. Así que se ponga en práctica, V. M. podrá aumentar las libertades populares de la Corretania sin el menor peligro de que el pueblo abuse de ellas, y la humanidad habrá ganado mucho, porque habrán acabado para siempre esos atroces fusilamientos con que hoy se echa al otro barrio al contrabandista ó al cazador furtivo, ó al bandido ó al faccioso blanco ó negro á quien se echa la uña.

—Esos fusilamientos también me parecen á mí atroces; pero no hay más remedio que pasar por ellos, porque si no se fusila á los prisioneros, como tienen los pies tan listos, se escapan y vuelta á las andadas.

—Pues yo he encontrado medio seguro de que los corretones que aun no han correteado no vayan á corretear y de que no haya necesidad de fusilar á los que en la actualidad corretean.

V. M. sabe que la circuncision es operacion dolorosa y donde se usa se la tiene por saludable y santa.

V. M. sabe que en los países civilizados apenas hay mujer á quien de niña no se le haya hecho un agujero en cada oreja, y sin embargo, á nadie le ha ocurrido combatir esa costumbre como cruenta é inhumana aunque solo resulta de ella la satisfaccion de una ridícula vanidad. V. M. sabe que los lancetazos con que se envacuna hacen ver las estrellas y apesar de eso todo el mundo los tiene por muy utiles...

—Habla Vd. con cabeza, abuelito.

—V. M. sabe también que la ciencia ha adelantado hasta el punto de que hoy es posible cortarle á uno, sin que sienta el menor dolor, aunque sean las narices con solo aplicarle á ellas un poco de cloroformo ú otro anestésico.

—Abuelito, veremos si habla Vd. también con cabeza, aunque me parece que le veo á Vd. venir. Si lo que Vd. me va á proponer es lo que yo me figuro, no hemos adelantado casi nada, porque lo que yo quiero no es que los fusilados mueran sin dolor...

—Permita V. M. que interrumpa su honrada palabra diciéndole que ni V. M. me vé venir ni yo quiero que se fusile á nadie sin dolor ni con dolor.

—Pues sino, ¿qué es lo que Vd. quiere, abuelito?

—Lo que yo quiero es que por medio de una operacion quirúrgica que será muy poco cruenta sin el uso de anestésicos, y con el uso de ellos apenas se sentirá, se imposibilite á los unos de meterse á corretones cuando sean hombres y se imposibilite á los otros cuando caigan prisioneros, sin necesidad de fusilarlos, de volver á las andadas, todo, por supuesto sin que á unos ni otros sirva del menor obstáculo la operacion de que se trata para atender á las necesidades lícitas de la vida y dedicarse al trabajo en la heredad, en el taller, en las minas, en las fábricas y en los establecimientos comerciales.

—Hombre, exclamó el rey abriendo tanto ojo al oír esto, explíquese Vd., que estoy en áscuas hasta saber de qué operacion se trata.

—Se trata, señor, de una sencilla solucion de continuidad del tendón de Aquiles, cuyo resultado será que los corretones corporalmente se ladearan un poco y moralmente andarán derechos como un huso. Se trata de comutar á los prisioneros el fusilamiento por la cojera, que permitirá ponerlos inmediatamente en libertad sin peligro de que vuelvan á las andadas, y se trata de encojecer á los niños para que cuando sean hombres vayan á trabajar como Dios manda y no á hacer picardías como manda el diablo.

Al oír esto, el rey Resoluto I se quedó un momento parado, reflexionó y encandilándosele los ojos de alegría, exclamó:

—¡Habla Vd. con cabeza, abuelito, habla Vd. con cabeza! Qui da Vd. nombrado presidente de mi consejo de ministros y encargado de la formacion de nuevo gabinete, cuya política tendrá por ancha base el luminoso proyecto que acaba Vd. de someter á mi aprobación.

(Se concluirá.)

Hace tiempo, á poco de ocurrir en la Plaza de toros nueva la muerte del infeliz banderillero Canet, publicamos, por complacer á su autor, aunque protestando siempre contra la llamada fiesta nacional, un artículo en defensa de esta función, firmado por *San Rafael*. No tardó en venir la contestación á este artículo, en el siguiente que nos remitió D. Eduardo Thuillier, Director del Colegio Portuense del Puerto de Santa María. Antes debíamos haberlo publicado, pero la falta de bastante espacio nos lo ha impedido hasta hoy. Ahora lo publicamos porque el asunto que en él se trata siempre es de oportunidad.

Dice así:

«Las corridas de toros tan elogiadas por unos como atacadas por otros, deben ser consideradas bajo fases bien distintas; bajo todas ellas son seguramente dignas de la más severa discusión.

Hé aquí, pues, bajo qué aspecto deben ser analizadas.

1.º Las corridas de toros son contrarias al derecho á la vida que reside en todo sér.

2.º Contrarian igualmente el sentimiento moral, y como tal, perjudican al desarrollo en el individuo de ese mismo sentimiento, y á las buenas costumbres.

3.º Las corridas de toros ofrecen un espectáculo que rechaza el criterio de la razón, que también rechaza la conciencia humana.

4.º Son perjudiciales al desenvolvimiento de la riqueza agrícola, base segura del bienestar de los pueblos.

Conforme á estos principios, clara y terminantemente expresados, puede desde luego fijarse la discusión, limitándola á demostrarlos ó á rebatirlos: la victoria será desde luego de quien logre allegar mayor número de pruebas, de razonamientos, en pró ó en contra.

Pudieran además aducirse otras razones y fijarse otros principios, más los que sentados quedan son por sí suficientes para demostrar, cuán contrarias son las corridas de toros á todo lo que pueda llamarse digno, útil y elevado.

Los partidarios de los espectáculos taurinos no dejan de expresar los beneficios que dicen reportan esas luchas, en que la ventaja está siempre del lado del más inteligente, del hombre. Poco importantes en realidad, casi nulas ciertamente para los que en ellas vean la verdad que encierran, no es á quien viene á atacar esas fiestas al que corresponde exponer esos beneficios, que sólo pueden existir en la mente de quien como el Sr. San... Rafael *se muere* por un quiebro del Gordito, por una vara de Calderon y por una estocada de Frascuelo.»

Dejando, pues, sentadas las cuatro conclusiones que quedan expresadas, y considerando nulas en absoluto las ventajas que á la sociedad ó á la patria pueden resultar de las taurinas fiestas, bueno será pasar á examinar el artículo que con el título *un defensor de la función de toros* ha motivado estos renglones, escritos con la ligereza necesaria á quien tiene poco tiempo de que disponer.

Gracioso por demás es el párrafo tercero del artículo-carta, en que recuerda el defensor de las taurinas luchas la decadencia de nuestro teatro y de nuestras olvidadas jotas y muñeiras: el contrasentido no puede ser mayor, si se quiere elevar la ópera española y el drama de nuestro teatro contemporáneo con la eficaz ayuda de un espectáculo brutal y repugnante.

¿Cómo ha de amar nuestro pueblo la música, la más sublime expresion del sentimiento humano; el drama, expresion notable de hechos elevados; el teatro, por algunos llamado escuela de las costumbres, aunque sólo sirva en realidad para las variadas manifestaciones estéticas; cómo ha de amar nuestro pueblo todo eso si el clarín que toca á banderillas tiene más armonía que la más dulce melodía de Bellini?

Imposible: la música sólo puede llevar al espíritu el goce santo del sentimiento, y ese goce nada vale para quien puede sentir elevarse su alma ante los sangrientos restos de un infeliz caballo pisados cruelmente por el mismo que los abrigó en sus entrañas.

Querer que el drama pueda cautivar con la expresion de los hechos sublimes, cuando lo sublime existe en una estocada á volapié ó en un mete y saca recibiendo, es locura, delirio, eleccion imposible.

Por eso entre nosotros arrastra el teatro vida efímera, raquítica existencia; que no queda el placer del sentimiento para quien sólo siente palpitar su corazón ante la lucha *no de la fuerza bruta, sino del talento y la destreza que reúne el instinto y la bravura de las fieras.*

¿Dónde, donde está esa lucha, si el toro ha de morir y ser vencido?

No se llame lucha á la del que tiene á la fuerza que morir: así luchaban los que en el circo romano saludaban al César, con aquellas terribles palabras tan conocidas.

El toro va al circo á morir, y muere: ¿dónde, si no, ha vencido el toro?

Sólo existe la lucha allí donde los combatientes pueden encontrarse con análogas condiciones; sin esta circunstancia, el combate no puede ser más que el sacrificio del más débil.

El toro es, pues, sacrificado; y del caballo no es menester decir nada; es la víctima indefensa que halla en las astas del toro el pago de sus servicios al hombre.

Los vicios que aquejan á nuestra sociedad, no son suficiente á sancionar el mal: los males que existen por do quiera, y que como dice con razón el articulista, llevan el rubor al rostro de nuestras madres y nuestras hermanas, no pueden desaparecer sino llevando á la conciencia de cada individuo las sublimes ideas del bien y del mal: el mal no puede sancionar otro mal, y la escoria que envilece nuestras calles no desaparecerá

de ellas mientras las teorías de la moral sublime sean contrarrestadas por espectáculos que sólo pueden ayudar á que el vicio se aumente, á que el sentimiento engrandece al hombre sea ahogado por los gritos de una multitud furiosa que pide caballos y más caballos, cuando un toro ha conseguido matar varios de éstos desgraciados animales.

La prensa, pues, está en un completo derecho, apoyada en la más estricta razón, al pedir la corrección de todos los vicios, y no porque existan muchos, se ha de limitar á censurar algunos solamente, aprobando con su silencio los demás: esta conducta sería absurda, en el mayor grado que al absurdo puede concederse.

Se ocurre al Sr. San... Rafael apoyar la idea de que los lidiadores ganan honradamente su sustento, y que con los espectáculos taurinos halla la beneficencia pública fondos cuantiosos con que atender á las necesidades de los desvalidos.

¿Acaso no hay medios donde ganar la subsistencia más que en los toros?

¿Acaso sólo en ellos pueden encontrar los desheredados de la fortuna el pan que mitigue su hambre, el vestido que cubra su desnudez?

Medios mil, hay de encontrar el pan de cada día sin que el toro arranque la vida de otros seres para después ofrecer la suya en desagravio de sus víctimas.

La idea benéfica es otro punto, tal vez el más sensible de cuantos toca el acérrimo defensor de las funciones de toros: si en nuestra patria no hay otro pan para los desgraciados que el que llegue á su boca regado, empapado en la sangre del banderillero Canet, si otro óbolo no puede llegar al desvalido que el que produzca la muerte de un padre, que deja á sus hijos expuestos á la miseria, ¡maldito sea el pan que en sangre vaya empapado, maldito el óbolo que ocasione la pérdida de un padre para los hijos de su alma!

¿Idea benéfica!
¿Dónde, dónde está el bien que ha producido la última corrida de beneficencia de Madrid?

¡Ah! Aun cuando hubiese dicha función producido montes de oro, aun cuando los pobres hubieran recibido socorros sin número, ¿dónde hay oro bastante para pagar á los hijos de Canet, el padre que llevaba á sus labios el pan que deseaban, dónde para pagar á una infeliz viuda el esposo que perdió, dónde hay nada que pueda pagar las angustias, la pena de aquel desgraciado padre que en sus últimos momentos se acordaría de sus hijos, de aquellos hijos que abandonaba para siempre sin poder estampar sobre su frente el beso de despedida, de aquel padre, que, hijo á su vez, gritaba en sus últimos momentos:

—¡Madre, madre del alma, ya no te volveré á ver!
No es posible seguir, no: parece que mi alma lacerada vierte á raudales la sangre de aquel desgraciado; parece que esa sangre brota de mi pluma y esta escribe con ella estas tristes palabras!

¡Horrible, sí, horrible recuerdo el de un acto semejante; horribles momentos, horribles dolores los del hijo sin padre, los de la madre sin hijo, los de la esposa sin el amado de su alma!....

No más la sangre pueda llevar socorro al desgraciado: el bien que se compra con sangre humana no es bien, no puede serlo, no lo será jamás.

No quiero, no, no quiero suponer—y en esto hago justicia á las palabras del Sr. San... Rafael—que haya quien se deleite con la cogida de un lidiador; pero esto no quita, que el que asista á esos crueles espectáculos corra el riesgo de presenciar la muerte de un semejante, haciéndose en cierto modo solidario de su desgracia.

Basta, basta de sangre y de tristeza; la muerte es un espectáculo que repugna á la conciencia humana; esta se levanta activa ante esas escenas de terror y de sangre, como si su maldición fuera poco para aniquilar esa afición que tales consecuencias produce.

El articulista, por último, se muestra partidario del progreso y entusiasta promovedor de certámenes literarios; descubra el nombre que oculta, seguramente, bajo la firma que aparece al pie de su escrito, y promueva un certamen en que se otorgue espléndido premio á quien presente los mejores medios de acabar con esas fiestas que nos degradan ante el mundo entero, y entonces, el que estas líneas escribe contra su defensa de las fiestas taurinas, será el primero en alabar su filantrópica iniciativa.

Mientras tal no haga, todos sus óbolos en pró de fines patrióticos, todos sus certámenes y todo su entusiasmo por la civilización—que queda completamente oscurecido ante el que siente por un espectáculo anticientífico—no serán bastantes á borrar el mal que puede haber causado defendiendo esas fiestas, cuando la sombra de Canet parece sustentarse sobre la plaza de toros de Madrid, como si quisiera oponerse á sus palabras.

Y al dar á estas pobres y desaliñadas líneas el fin que necesariamente han de tener, no puedo menos de transcribir la protesta que aparece en el número de Junio del *Boletín* de la Sociedad protectora de los animales y las plantas, de Cádiz.

Dice así:
«La Sociedad protectora de los animales y las plantas, de Cádiz, protesta, en nombre del sentido común, contra la dolorosa aberración de dar un espectáculo de crueldad y destrucción á favor del amor y la beneficencia; y en nombre de la humanidad, por las horribles desgracias ocurridas en la plaza de toros de Madrid, centro del poder, de la grandeza y de la civilización españolas!....»

EDUARDO THUILLIER.

(Individuo de la Sociedad protectora de los animales y las plantas, de Cádiz.)

Puerto de Santa María, 8 de Mayo, 1875.

MONUMENTO A CERVANTES.

Publicamos á continuación otra lista que nos re-

mite el Sr. Mainez, de los suscritores de Cádiz al Monumento de Cervantes:

Suma anterior..... Rvn. 3.385.

Ilmo. Sr. Obispo de Cádiz, 60.—D. Manuel Cerero y Soler, 20.—D. Marcelino Martínez, 20.—D. Juan Calderon, 10.—D. Manuel García, 2.—D. Manuel Rubiales, 2.—D. Mateo Sánchez, 10.—D. E. A. W., 4.—D. Bonifacio Peredo y Cruz, 20.—D. Diego Marchante y Gonzalez, 4.—D. Antonio Martínez Cantero, 8.—D. Pablo Maza, 4.—D. Manuel Corrales y Lopez, 20.—D. Valeriano Hortal, 5.—D. José Rioseco, 8.—D. Angel Diaz Romerosa, 10.—D. Encarnacion Santa Cruz, 10.—D. José Gich, 8.—D. Antonio de Zulueta, 20.—D. Bernardino de Sobrino, 20.—D. Francisco de Gibaja y hermano, 10.—D. Francisco Conill, 8.—D. A. M., 8.—D. Ramon Mazon, 8.—D. Manuel Puente, 4.—Don Luis de Sola y Alvareda, 10.—D. Antonio Requejo, 10.—D. Manuel Pontrémuli, 2.—Excmo. Sr. D. José Gonzalez de la Vega, 100.—D. José Manuel Gutierrez, 20.—D. Jacinto Mariategui, 20.—D. Francisco García y Rubio, 10.—D. Francisco de P. Ruiz y Vega, 20.—D. A. V., 10.—D. José Fernandez y Cabezas, 2.—Don Agustín de la Viesca, 20.—D. Rafael de la Viesca y Mendez, 20.—D. Felix Durán, 1.—D. José Colchon, 10.—D. Alejandro de Quevedo, 4.—D. José Castroverde y Quirós, (Puerto de Santa María) 6.—D. M. G. V., (también del Puerto, como los demás señores que á continuación se expresan,) 4.—D. José de Pazos, 5.—D. A. T., 4.—D. Manuel Diaz y Gomez, 1.—D. Joaquin Rufoni, 4.—D. José Joaquín Muñoz, 1.—D. Juan García y Rosales, 6.—D. Antonio J. de los Reyes, 4.—D. José Sánchez, 1.—D. Francisco Cañas y Recaño, 6.—D. Narciso Gutierrez, 1.—D. Francisco Dominguez, 2.—D. Joaquín Medinilla, 10.—D. Baldomero Dolader, 4.—D. R. Cañas y Recaño, 4.—D. Pedro Palau, 1.

Rvn. 4.011.

CASCABELES.

En Ronda, ciudad famosa,—pronto se inaugurará—un modesto monumento—levantado para honrar—la memoria de Vicente—Espinel, vate inmortal—en quien admiran los doctos—el ingenio singular.—Los apuntes biográficos—que en el acto se leerán—los encargó con acierto—la municipalidad—á mi amigo y compañero—Don Juan Perez de Guzman,—que sabe mucho de historia,—y es rondeño, y además—tiene mucho entendimiento—y un bello trabajo hará—honrando á Espinel y á Ronda—en esa solemnidad.

Dice, y dice con verdad—la amable *Correspondencia*—que pronto va á publicarse—una edición de *Las Tiendas*.—por que ya no hay ejemplares—ni en la capital ni fuera.—Dos ediciones se han hecho,—mas la mejor es la nueva—impresa por Aribau—muy esmerada y correcta.—Cuando estén los ejemplares—de esta edición de *Las Tiendas*.—lo diré al público para—que los compren los que quieran.

SONETO.

—¿Por quién pregunta usted?
—Por su excelencia.
—En los baños está?...
—¿Y el secretario?
—Se fué con su mujer á Candelario á pasar el verano.
—¿Pues paciencia!
—¿Y el oficial primero?
—Está en Valencia.
—¿Y el segundo?
—En los baños.
—¿Sí? ¡Canario!
—No falta de ordinario; pero este mes se ha ido con licencia.
—¿Y el cuarto?
—Está en Alhama.
—Pues el quinto....
—En Octubre vendrá.
—Perfectamente!
—Pero en fin, ¿estarán los auxiliares?...
—Dos están en Pozuelo, el otro en Pinto.
—Pues pase usted recado al escribiente.
—No está; se fué á bañar al Manzanares.

En los periódicos de la Habana, recibidos por el último correo, hallamos el siguiente anuncio:

«Monumento á Cervantes.—En la sesión que celebró la Directiva del Casino el sábado último, acordó asociarse al pensamiento, iniciado en Madrid y acogido en esta capital, de levantar un monumento en Alcalá de Henares al inmortal autor del *Quijote*, Miguel Cervantes y Saavedra. El *máximum* de la suscripción en esta isla será tres pesos en billetes; y el Casino, además de admitir suscripciones en su contaduría, centralizará en la misma los productos de las que se abran en otros puntos. Acordó también la Directiva oficial á todos los demás casinos y centros, rogándoles que promuevan la suscripción en sus localidades respectivas, y todos sus miembros presentes se suscribieron desde luego con el *máximum* señalado.»

En el *Diario de la Marina* y en *La Voz de Cuba* se ha abierto también la suscripción.

No esperábamos menos de los buenos españoles residentes en aquel hermoso país. Veremos si con el ejemplo de Cádiz, Barcelona y la Habana se logra vencer la apatía y la indiferencia con que en otras

partes ha sido acogido el pensamiento de elevar un monumento á Cervantes en Alcalá de Henares.

Y VA DE SONETOS.

—¿Has visto qué fortuna la de Flavio?
Tres casas en Madrid, fuera un cortijo,
y era ayer un perdido.
—¿Sí? Pues, hijo,
¿cómo hizo su fortuna? Será un sábio.
—Siempre ha sido un jumento, y no le agravió.
¿Logró una herencia?
—No; lo sé de fijo.
No tuvo padres nunca.
—No colijo...
¿Fué ladrón en cuadrilla?
—Sella el lábio.
Su industria yo la he visto autorizada.
—¡Ah! ¿Su trabajo fué?...
—Ni por asomo.
—Pues no puedo acertar, por vida mía.
¿Cómo pudo elevarse de la nada?
—Lo más sencillamente. ¿Sabes cómo?
¡Poniendo en un chiscon la lotería!

—Ayer Paz, mujer de Pepe,—á Pepe le dió un *julepe*.

—Una mujer como Paz—de tal cosa es incapaz.
—Pues sí, señor, es exacto,—y yo mismo asistí al acto.

—¡Hombre! la mujer de Pepe—dar así á Pepe un *julepe*.

—Un *julepe antiagastrálgico* (1)—por mor de un dolor neurálgico.

¿Sabían ustedes en dónde—prendieron el otro día—á dos individuos ternes—conocidos por carlistas?—No fué al salir de la iglesia—de rezar la letanía—ni en el cementerio orando—por los que yacen sin vida,—ni en casa dándose golpes—con tremendas disciplinas,—ni visitando al enfermo—ni haciendo otras obras pías.—En la *Infantil* los prendieron,—viendo el *can-can* que se estila—en aquella escena donde—el *can-can* de las modistas—y otros *can-canes* de empuje—al público escandalizan.—Con que no digan ustedes—que no gusta á los carlistas—la religion ante todo—y la moral superflua.

Se publicó en Castellon—no sé por quién un papel—y en él de un modo cruel—se amenaza á la nación.—Dice el papel que vendrán—las plagas de Egipto aquí,—aunque me parece á mí—que ya hace tiempo que están,—y si no precisamente—las siete, tenemos una—más pesada que ninguna—y á las siete equivalente.—Es el carlismo tenaz—el que en su rabia y su saña—se ha propuesto que en España—no haya dinero ni paz.

La vuelta al mundo gusta mucho á los aficionados á bonitos telones, trajes de reumbrón y mujeres poco vestidas.

Hay decoraciones preciosísimas que honran mucho á Bussato, Bonardi y Valls.

En la música hay un preludio de Barbieri que vale tanto como una ópera entera.

Ya hablaré más despacio de esta obra.

¿Padece usted de los nervios?—¿tiene dolores de reuma?—en el hígado, en el bazo,—¿siente usted alguna molestia?—¿ó tiene usted por ventura,—Dios quiera que no los tenga,—algunos cálculos de esos—que son terribles problemas—cuya incógnita es la muerte—antes de lo que convenga?—¿Tiene usted algun infarto?—lo que come ¿no le prueba?—¿tiene usted en el estómago—alguna antigua dolencia?—Pues tome usted algun dinero—y váyase á *La Isabela*,—á los baños de este nombre—que están de Madrid muy cerca,—y si allí no encuentra alivio—hallará mil cosas buenas;—bello sitio pintoresco,—buena fonda, buena mesa,—mucha gente muy amable,—aunque de alifafes llena,—servicio muy esmerado—y buena asistencia médica.—Compró los baños Gargollo,—y ha logrado Su Excelencia (2)—poner aquello de modo—que á los enfermos consuela—hallarse en tan bello sitio—mimados como si fueran—hijos todos predilectos—del dueño de *La Isabela*.

Una vieja que ha cumplido—las ochenta primaveras,—en Malaga, segun dicen—los papeles, está presa,—como cómplice que ha sido—¡qué donosa malagueña!—en horrible asesinato—con circunstancias tremendas.—¿Cómo será, Dios piadoso,—el corazón de esa hiena,—que va al borde del sepulcro—así en el crimen se emplea?—¿Puede que haya sido madre—y aun abuela y bisabuela!...—¿Qué fenómenos tan raros—hay en la naturaleza!

Oid, madres y padres—que amais á vuestros hijos,—y en ellos tenéis siempre—puesto el mayor cariño,—existe un buen periódico—que llámase *Los Niños*,—por buenos escritores—gallardamente escrito,—por Aribau impreso—que imprime de lo fino—que lleva en cada número—dibujos muy bonitos,—y es el mejor regalo—que puede hacerse al niño.—Mejor que los muñecos—que cuestan un sentido,—mejor que malos dulces—que suelen ser nocivos,—mejor que algunos juegos—que ofrecen mil peligros,—mejor es el periódico,—que es suyo, suscribirlos.—En él buenos ejemplos,—cuentos recreativos,—naciones de las ciencias—y de artes y de oficios,—novelas muy morales,—retratos instructivos—de personajes célebres—que dan

(1) *Julepe antiagastrálgico*. Así se anuncia en una botica de la corte.
(2) Excmo. Señor, que tiene la Gran Cruz.

al mundo brillo,—de religion católica—preceptos y principios,—de fisica, de historia—fragmentos amenisimos,—las fábulas que enseñan,—apólogos sencillos,—y mil y mil curiosos—muy útiles artículos,—todo eso en el periódico—encontrarán los niños.—Oid, padres y madres,—que amais á vuestros hijos,—no deseñeis la bella—revista de *Los Niños*.

Diputados provinciales—que os marchais de verano,—que encontréis fuera deseo—el alivio á vuestros males.

Pero me parece mal,—y os lo digo sin encono,—que dejes en abandono—el servicio provincial.

De conducta tan extraña—¿sabeis qué dice la gente?—Que estas cosas solamente—pueden pasar en España.

Se encuentran tan satisfechos—sirviendo al señor don Carlos—aquellos á quienes llama—*mis queridos voluntarios*,—que para probar lo mucho—que le quieren los muchachos—y lo mucho que él les quiere—su cariño así pagando,—varios jefes en su nombre—alienan el entusiasmo—de los soldados carlistas—con este bonito bando:

«Al voluntario que intente—dejar de ser voluntario—se le quitará la vida—fusilándole en el acto.—Si el voluntario se escapa—y no es posible encontrarlo,—cincuenta palos daremos—al padre del voluntario,—y si el padre ya se ha muerto,—y no es posible matarlo,—los palos le corresponden—al pariente más cercano,—que así á las leyes que rigen—sobre las herencias damos—el profundo acatamiento—de que dá ejemplo don Carlos.—Además, porque escarmienten—los queridos voluntarios—al desertor ó á sus padres—ó á sus deudos y allegados—se les embargan los bienes,—se venden por cuatro cuartos.—y esta es justicia que manda,—hacer para mandar algo—el señor de Pretendiente—con sus buenos voluntarios.»

Esto parece mentira—y no es mentira; es exacto.

La bien reputada casa editorial del heredero de D. Pablo Riera de Barcelona está circulando el primer cuaderno de una magnífica edicion de *Don Quijote de la Mancha*, hecha en lujoso papel, esmeradamente estampada y enriquecida con las láminas que para una de las últimas ediciones francesas dibujó el celebrado artista Gustavo Doré. La nueva edicion española constará de dos abultados tomos divididos en 116 cuadernos aproximadamente, á seis reales cada uno. Van publicados ya 31 cuadernos que se irán entregando á los que se suscriban del modo que deseen. La edicion indicada es continuacion de la que empezó la sociedad editorial *La Maravilla*, de modo que los suscritores á esta última que quieran tenerla completa se les presenta ahora ocasion de conseguirla.

El Sr. Riera merece aplauso y apoyo por parte de la prensa y de los Cervantistas, porque la edicion ilustrada de Doré, que se ha publicado ya en diferentes lenguas, era natural que fuese dignamente acogida en España.

REVISTA DE VERANO.

¡Vaya! que estamos, señores, como tres en un zapato con el calor que nos tiene aturcidos y postrados. El barrio de Salamanca es un magnífico barrio, mas pasamos los vecinos el día entero sudando. Desde que por la mañana sale el sol echando rayos, no se va de mis balcones hasta que el gas luce claro.

Con este calor, ¡Dios mio! aun cuando intento hacer algo, se me liquidan los sesos y ningun día trabajo, y estoy fuma que te fuma—coraceros del estanco, mirando á mi amigo el perro que tambien me está mirando, y nos miramos de un modo como si nos preguntáramos: —«¿Quién de los dos rabaía antes? porque esto ya es demasiado,— Llega la noche y entonces cojo el baston y me salgo, y con dolor deo al perro con la boca abierta un palmo, como diciendo:—«Amo mio, si no me saca usted, rabio,» mas no le saco, que temo que venga un Borgia inhumano y me deje sin un perro que en mi casa se ha criado, y en ella vive inocente, tan inocente y tan casto que perro de más virtudes no han visto propios ni extraños. Salgo y voy á la Cibeles en coche por cuatro cuartos, en el cómodo *tram via*, que es el coche más barato. Pára el coche y yo me apeo, y muy jaque y muy ufano doy, dándome mucho tono, unas vueltas por el Prado. ¡Qué polvo! ¡qué gritería! ¡qué chillidos de muchachos! ¡cuántas cursis aburridas que van diciendo:—«Aquí estamos! á ver si nos sale un novio, miradnos, hombres, miradnos.» ¡Cuántos cesantes gruñendo! ¡cuántos tristes jubilados! ¡Jesús! ¡qué mamás tan gordas que á los hombres van echando uncs cjos que revelan los deseos de *ensuegarlos*! ¡Cuántos pollos atrevidos! ¡Cuántos taciturnos gallos! ¡Cuántos pacientes cofrades de la hermandad de San Marcos, que en pos van de sus costillas centritos y resignados!... Entro en el Retiro y quedo lleno de asombro y de pasmo. Parece que en esta córte ya no hay más que millonarios. Los encajes y la seda por allí van arrastrando; brillan perlas y diamantes en los cuellos y en los brazos de las hembras más hermosas que ha visto el género humano, y ni en los tiempos famosos del buen Don Felipe cuarto vieron en el Buen Retiro plebeyos y cortesanos, tan deslumbrante riqueza,

tanto lujo, tanto fausto, y cuerpos buenos, tan buenos y tan bien aderezados. Y por más que reflexiono no adivino cómo diablos en Madrid tienen dinero para tan enormes gastos hasta aquellos que es sabido que nunca han tenido un cuarto, y que aunque gastarlo saben, nunca han sabido ganarlo. No hay duda, aquí hay muchos ricos, no sé por qué medios mágicos hasta los que ganan poco parecen ya potentados. Maridos de esas mujeres de tanto fuste y boato, ¿cómo lo haceis?... ¡qué amuleto el demonio os ha largado para gastar ese lujo que debe costar tan caro!... Dadme, dadme la receta que la estoy necesitando, y quiero tambien lucirme y parecer millonario. ¡Qué hermoso sitio el Retiro!... ¡qué ambiente tan puro y grato!... ¡qué humedad tan deliciosa para los aficionados!... ¡Si alguien coge un reumatismo tiene diversion un rato!... ¡Qué bien en la *sombra oscura* se hallan los enamorados, y cuántas frases escuchado que en su amoroso entusiasmo pronuncian allí, en las *sombras* (oscuras, no lo he olvidado) creyendo que no les oyen más que los discretos pájaros que desde sus pobres nidos ven aquello entusiasmados! Con estas cosas, señores, la verdad, me pongo malo, y me salgo del Retiro, y me vengo á pié y andando al horno donde hoy habito en la calle de Serrano. Al entrar, pregunto al perro: —¡Dime, chico, ¿no has rabiado? y él me pregunta lo mismo y esta respuesta nos damos: «Si este calor continúa rabián perros y gatos, rabián suegras y yernos y solteras y casados, rabián pobres y ricos, rabián altos y bajos, y rabián todo el mundo, porque esto es vivir rabiando.» Adios, señores, no sigo más este romance malo, yo no puedo escribir nada, no puedo escribir sudando, con la cabeza caliente y el bolsillo sin un cuarto.

IMPRESA DE EL CASCABEL: Ctd, núm. 4. (Recoletos)

ANUNCIOS.

A REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administracion: Plaza de Matute, núm. 2, librería.

A REAL LA LINEA.

LOS NIÑOS.

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO DIRIGIDA POR D. C. FRONTAURA.

Todos los padres de familia deben suscribir á Los Niños á sus hijos.

Un año en Madrid 40 reales.
» en provincias 50 »
Por seis meses 22 y 28 respectivamente.

Dirigirse á la Administracion,

Plaza de Matute núm. 2 librería.

LA FUNERARIA.

PRECIADOS, 70.
DESPACHO DIA Y NOCHE.
Casa especial para toda clase de servicios y construcción de efectos funebres. Diligencias civiles y eclesiásticas, embalsamamientos, exhumaciones, traslados á provincias y el extranjero por coches especiales construidos al efecto.—Suministrados gratis toda clase de pomenajes, regalar al publico nos consulta antes de adquirir ningún compromiso.

PLEITO DEL MATRIMONIO

seguido en verso entre

TEODORO GUERRERO

RICARDO SEPÚLVEDA,

entendiendo en él como jueces y letrados

Angela Grassi, Antonio Araso, Antonio Hurtado, Antonio Trueba, Carlos Frontaura, Gaspar Nuñez de Arce, Juan Eugenio Hartzebosch, Manuel Cañete, Manuel Ossorio y Bernard, Narciso Serra y Ventura Ruiz Aguilera.

Tercera edicion de lujo, corregida y aumentada con un acta del Juicio de conciliacion, con una tercera y un corolario del pleito.

8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

Esta edicion, independiente de los *Cuentos de Salon*, hecha en papel de lujo y á dos tintas, con doble lectura que las anteriores, se vende á 8 rs. el ejemplar en Madrid, librería de la Plaza de Matute, 2.

En provincias 10 rs. el ejemplar, haciendo los pedidos á los Sres. Guerrero y Frontaura, calle de Serrano, 82.

MANUEL DE TORRE,

Arenal, 14, esquina á la Plaza de Celenque.

Dedicado exclusivamente al ramo de paraguas, sombrillas, abanicos, bastones, etc., etc., tiene la satisfaccion de participar á sus numerosos favorecedores que, además de dicho establecimiento, la importancia de sus negocios le han obligado á tomar otro en la calle Mayor, núm. 33, el cual abrirá tan pronto como concluya las obras que en él se están haciendo, y en los cuales se hallará siempre el inmenso y variado surtido de géneros de los mas modernos, sirviendo al público con la economía que es proverbial en dicha casa.

MUJERES DEL EVANGELIO

CANTOS RELIGIOSOS

escritos por el malogrado

LARMIG

Segunda edicion aumentada con el precioso canto

LA HIJA DE JAIRO

Obra recomendada por la censura eclesiástica.

Se vende á 4 rs. para toda España en la Administracion de EL CASCABEL, Plaza de Matute, 2.

LIBROS

Esquilas, follas e flores por D. Valentín La mas Carvajal, á 5 reales.

Cuentos del día, por D. Ventura Ruiz Aguilera, á 5 reales.

El libro del minero, compendio de la legislación de minas por D. Ricardo Balparda á 12 reales.

Curso completo de contabilidad, por Solano á 20 reales.

Librería de Sanchez, Matute, 2. Los suscritores á *Los Niños* y *El Cascabel* podrán pedir á esta casa las obras que deseen de las que se publican en Madrid, y les serán remitidos á vuelta de correo sin aumento en el precio corriente.